

Mi querido amigo:

No te lo vas a creer pero, por fin le he encontrado una utilidad a los correos electrónicos: perderlos.

Te juro que te había enviado uno. Al menos, así lo creí hasta que he recibido otro de un señor tremendamente indignado en el que tras aclarar que no me conocía de nada, mostraba un absoluto entusiasmo por no conocerme nunca.

La verdad es que lo entiendo: recibir un manifiesto sobre el lenguaje políticamente correcto puede hacer perder el equilibrio emocional a cualquiera; más aún cuando semejante tocho va firmado por alguien a quien no conoces - aunque te trate de "querido amigo" y termine dando un beso a la familia-, y que asegura que la frase "daño colateral" más parece la definición del sarpujido que puede producir la utilización reiterada y abusiva de un colutorio, que la referencia a una masacre. O que la frase "fuego amigo" no se refiere a la plácida audición de la Danza en cuestión, sino a la muerte producida por armas convencionales (¿...?) del aliado en un conflicto bélico.

Casi me extraña que el pobre hombre que ha recibido mis delirios electrónicos no me denunciara al Tribunal Internacional de Derechos Humanos por maltratos psicológicos múltiples.

Esto me recuerda, por cierto, lo mal que se han portado en EE.UU con González - Felipe no, Alberto-, hasta ahora una especie de ministro de Justicia e Interior. El pobre ha tenido que dimitir víctima de las viperinas lenguas demócratas (de los demócratas). Total, por cuatro tonterías de nada: Guantánamo, despido de fiscales disconformes con su política o permitir escuchas telefónicas sin autorización judicial... ¡Qué injusticia tan injusta!

La verdad es que respiré tranquila cuando mi querido Bush lo calificó como "leal y honrado servidor". Claro que ahora que lo pienso... como me estoy empollando la cosa informática... ¿a qué tipo de servidor se referiría la criatura?

En fin, que el caso es que con esto del fallo en enviarte el correo, me ha dado tiempo a enterarme de que han muerto una actriz, un escritor y un deportista. Las muertes, como las olas, siempre llegan de tres en tres.

Naturalmente todos los informativos han encabezado sus ediciones con referencias

Cartas desde allí

Por Isabel Morán

a los fallecimientos y naturalmente todos, conocidos o desconocidos, se han deshecho en elogios. Es muy de los humanos deshacernos en elogios con los muertos. (Bueno, salvo en el caso de que se haya sido muy adicto al régimen en cuyo caso se nos vuelven luchadores por la Democracia y aparecen como las flores de opio en Afganistán.)

Ahora me acuerdo, no sé bien porqué, de "los viejos". No, no me refiero a los viejos en general, sino a los que en mi barrio conocíamos como "los viejos". Tenían una tiendecita justo enfrente de la carretera. Podías encontrar cualquier cosa: desde un bote de leche condensada a una "mano" de papel de seda.

Eran viejos de los de antes. Pequeños, oscuros y silenciosos. En el barrio se decía que él era un desagradable y que ella estaba siempre triste. No lo se. El caso es que una mañana no se abrió la puerta de hierro de la tiendecita. Y no se abrió más.

Pero la muerte que más sentí en aquellos años en los que el señor Cristóbal nos vendía figuritas de regaliz a "perra chica" y el del estanco nos alquilaba los tebeos de "Hazañas Bélicas", fue la de don Pedro.

Don Pedro no se llamaba Pedro. Más que nada porque era ruso. Así que se llamaría Pedro, pero en ruso. Era el sereno. Y tenía una perra pastor alemán, preciosa. Se llamaba "Laika".

Don Pedro pasaba todas las noches. Yo lo recuerdo más durante los veranos, cuando los vecinos sacaban las sillas a la acera y compartían la cena mientras se quejaban insistentemente del tremendo calor que hacía y trataban de contrarrestarlo con la misma insistencia con largos tragos al botijo con olor a "Machaquito".

El caso es que don Pedro pasaba todas las noches acompañado por "Laika". Saludaba muy atento y compartía con los vecinos quejas, cenas y botijos. Lo recuerdo bajito y enjuto y con unos tremendos bigotes cuyos extremos acariciaba con orgullo.

Le gustaba mucho hablar con mi padre. Muchas noches me quedaba escuchando hasta que la conversación terminaba por el

oficio de don Pedro que caminaba por las calles del barrio con la tranquilidad que daba conocer a los vecinos y, supongo, la presencia imponente de "Laika".

Mi padre decía que don Pedro era un "ruso blanco", lo que para mis seis años significó durante algún tiempo que también existían los "rusos negros" y que, por tanto, Rusia tenía que estar en África. Más o menos por donde transcurrían algunas de las aventuras del Capitán Trueno. No me cuadraba mucho la cosa porque me gustaban los libros y más los mapas. Sobre todo un Atlas que tenía mi hermano cuyas páginas coloreadas recorría una y otra vez con el dedo, marcando una aventura tras otra... Pero si lo decía mi padre, así tenía que ser. Me explicó que lo de "blanco" no se refería al color, sino a algo que tenía que ver con la política y con una guerra. Me lo dijo un día en que don Pedro no apareció. "Laika" tampoco.

Los niños del barrio estábamos desorientados. La llegada de don Pedro y su perra nos avisaba de que era la hora de la cena y de que teníamos que dejar de jugar entre los árboles y volver a casa. Le pregunté a mi padre porque él lo sabía todo.

Me dijo que don Pedro ya no iba a volver porque se había ido a un sitio muy lejano. "¿A Rusia?" - pregunté-. "No" - me contestó- "Mucho más lejos. Pero, no te preocupes porque 'Laika' va con el y cuidará de que no le pase nada".

Mi padre me contó unas historias preciosas de don Pedro y su perra.

A la mañana siguiente en la tienda del señor Cristóbal, una vecina comentó que don Pedro se había muerto y que se contaba que la perra se había muerto de pena. Nunca le dije a mi padre que sabía que don Pedro se había muerto. La historia de mi padre era mucho más hermosa que la verdad y, además, prefería creer a mi padre que a la muerte.

Era la segunda ola.

La tercera llegó días después. Había muerto un niño pequeño, de apenas unos días. Era de una familia que vivía en el otro extremo del barrio, pero como entonces los niños éramos los dueños de las calles,

no nos costó ningún esfuerzo llegar a la casa y con una curiosidad tremenda, nos asomamos al interior: en una cajita blanca había un muñeco vestido de blanco. Pero el blanco más tremendo era el de la manecita del muñeco que sobresalía de la caja.

Todos, en perfecto orden, pasamos a la pieza que hacía las veces de sala de velatorio - entonces a los muertos se los velaba en la casa y se los acompañaba durante horas, rodeados de sus familias, sus amigos, sus vecinos-. Apenas reparamos en una mujer morena que estaba sentada junto a la caja y tenía el dedo de una mano abrazado por la manita del muñeco.

Así estuvo hasta que llegó un coche de caballos con unos penachos blancos. Pero ese blanco no tenía nada que ver con el del muñeco y, en sus ojos había una especie de compasión y, desde luego, más comprensión que en los nuestros.

Esta tercera ola me produjo más curiosidad que dolor. De hecho en aquellos años nada podía consolarme de la pérdida de don Pedro y de "Laika". A veces pienso que con la desaparición del sereno ruso y de su perra desapareció gran parte de mi infancia y fué la primera vez que pensé que la muerte, como las olas que esperábamos en la orilla de la playa con el levante del verano, también llegan de tres en tres.

No sé porqué te lo he contado. Será lo que menos te interese del mundo en estos momentos. Da igual. El caso es que me he sentido muy acompañada mientras te lo contaba.

Muchos, pero muchos años después me enteré de que don Pedro tenía un hijo. Siempre he querido conocerlo y decirle lo mucho que quería a su padre. Lo mucho que el mío me enseñó a respetarlo. Lo mucho que significó para mí escuchar sus conversaciones, sentada junto a la silla de mi padre, acariciando la cabezota que la perra ponía entre mis manos.

Que las noches de verano nunca fueron las mismas. Y que a ninguna de las perras que he tenido le he puesto por nombre "Laika" porque "Laika" era única.

No sé si alguna vez llegaré a conocerlo... quizá si tú pudieras contarle por ahí... a lo mejor se produce el milagro.

En fin, mi querido amigo, espero poner bien esta vez la dirección porque, francamente no quiero recibir otro correo electrónico de justa indignación por mis tonterías.

Un abrazo y un beso para la familia.

La Autoescuela Barroso es una de las mejores autoescuelas de España, valiéndose para ello de los últimos avances en la docencia, vehículos, profesores y servicios informáticos multimedia del mercado.

Poco a poco hemos ido creciendo y nuestro índice de aprobados está entorno al 90% (nuestros alumnos nos avalan).

Este crecimiento no es más que el fruto de la preocupación por nuestro alumnado.

Un líder en el sector.

Barroso

AUTOESCUELA

+ información

C/. General Aizpuru, 14
52004 MELILLA
info@autoescuelamelilla.com
www.autoescuelabarroso.com